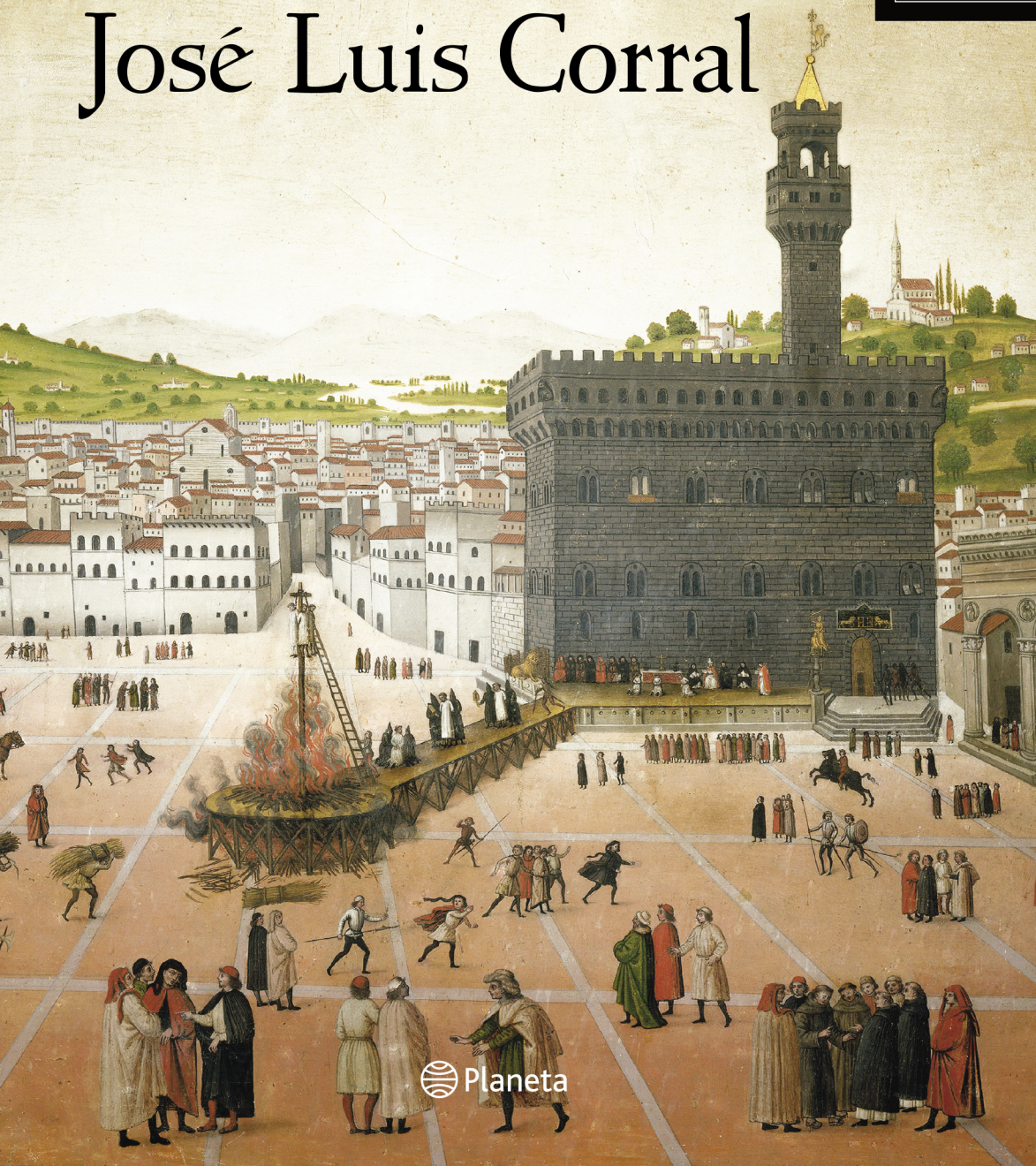


EL MÉDICO HEREJE

José Luis Corral

AE
& I



José Luis Corral



El médico hereje

CAPÍTULO I

Vienne del Delfinado, diciembre de 1552

Nadie debe saber qué es lo que estamos imprimiendo, ni siquiera vuestros operarios más fieles. Este libro contiene revelaciones que conmocionarán al mundo y sacudirán las bases de la Iglesia romana. —Miguel Servet dio un sorbo a su jarrita de cerveza y miró a su interlocutor.

—Descuidad. Los tres empleados que trabajan en la impresión de vuestro nuevo libro, Straton, Du Bois y Papillon, ni siquiera saben latín; pueden leer lo que están imprimiendo, pero no son capaces de enterarse de nada de cuanto habéis escrito. Además, cada día componemos las planchas y tal cual se imprimen se destruyen. Y los pliegos impresos se guardan bajo llave en un estancia secreta a la que sólo vos, mi cuñado Baltasar y yo mismo tenemos acceso.

Guillermo Guérout, maestro impresor y cuñado de Baltasar Arnoullet, el dueño de la mejor imprenta de la ciudad de Vienne del Delfinado, conversaba en

su casa con Miguel Servet, quien hacía tres meses, en la fiesta de San Miguel de septiembre, le había encargado la edición de un libro cuyo contenido iba a convulsionar los fundamentos doctrinales de la Iglesia católica.

—Mantener en secreto esta edición es imprescindible. Si la Inquisición se enterara de lo que aquí estamos haciendo, la impresión de mi libro se interrumpiría de inmediato, y se daría al traste con muchos años de trabajo y estudio —asentó Servet.

—Yo soy el principal interesado en que se guarde el más absoluto sigilo. Cuando acepté editar vuestra obra sabía bien que me jugaba algo que tengo en muy alto aprecio.

—¿Vuestro dinero?

—Mi cuello, querido amigo, mi cuello. ¿Sabéis que el impresor Étienne Bolet, uno de los más prestigiosos de París, ha sido quemado en la hoguera por imprimir libros prohibidos? ¡Maldita sea! —se lamentó Guérout tras apurar su cerveza—, todavía no entiendo por qué acepté vuestro encargo. Soy un estúpido, y mi cuñado Baltasar también. Aún me pregunto cómo pudisteis convencerme para realizar este trabajo. Debería haber hecho lo mismo que Marrinus, ese editor de Basilea que hace unos meses se negó a imprimirlo cuando conoció el contenido de vuestro texto.

—Marrinus es un cobarde. Lo conocí en una época en la que estuve viviendo en Basilea varios meses, y creí que era un hombre arrojado y dispuesto a difundir la verdad; por eso le envié mi manuscrito para que lo editara en su taller, pues estaba convencido de que

él sí se atrevería a darlo a la luz. Pero en cuanto lo leyó, me lo devolvió, renegando de mí como de la peste. Me decía en una carta que no podía editar mi libro sin contar con el visto bueno de Juan Calvino.

—¿Calvino, el reformador de la Iglesia de Ginebra?

—El mismo. Marrinus no se atreve a editar un solo libro sin la aprobación de ese hombre.

—¿Y vos os negasteis a que Calvino lo revisara?

Servet miró al maestro impresor con seriedad.

—Por supuesto. Hace unos años mantuve una seria disputa con él; de ningún modo puedo aceptar que sea Calvino quien decida si una obra mía debe publicarse o no.

—Ese editor de Basilea es un hombre sensato que huele el peligro, estima su cabeza y quiere seguir con ella sobre sus hombros. Todavía me pregunto cómo fuisteis capaz de convencerme para que montara este taller clandestino para dar rienda suelta a vuestra locura. Incluso tuve que engañar a mi cuñado Baltasar.

—Guérout alzó los brazos y los agitó en el aire, como si se tratara de las aspas de un molino—. Me costó convencerlo para que aceptara imprimir vuestro libro en condiciones tan misteriosas. Menos mal que apenas sabe latín y no alcanza a comprender del todo las ideas incendiarias que habéis puesto por escrito en vuestra obra. Mi cuñado se sorprendió cuando exigisteis que sus operarios tendrían que jurar que guardarían secreto sobre esta edición, y que no la imprimiríamos en el taller sino en ese almacén clandestino de las afueras de la ciudad, pero accedió porque imagino que vio en ello un buen negocio.

—Os sugerí adoptar esas medidas tan cautelosas porque eran imprescindibles.

Servet apoyó sus puños en la mesa y apretó sus mandíbulas, marcando los músculos de sus enjutos carrillos. Miguel Servet se había instalado en Vienne del Delfinado hacía ya casi doce años. Perseguido primero por los inquisidores de Toulouse y luego por el tribunal del Parlamento de París a causa de sus escritos, tachados de heréticos, había vagado por varias ciudades de Francia, estudiado medicina en París y Montpellier y viajado al fin hasta Vienne, donde se instaló y se convirtió en médico personal del arzobispo don Pedro Palmier. Con este prelado había trabado una sincera amistad, hasta tal punto que en la Navidad de 1548 había dejado su casa y se había trasladado a vivir a unas dependencias del palacio arzobispal.

—¿Sabéis, don Miguel?, mis tres ayudantes todavía se preguntan qué es lo que están imprimiendo. Dado el secretismo con el que trabajan, creen que se trata de un memorial contra el papa.

—Y en cierto modo, así es. Hace ya diez años que comencé a escribir este libro y es ahora cuando puedo imprimirlo al fin. En él explico y razono todas mis ideas sobre cómo debe ser el verdadero cristianismo y cuál ha sido la tergiversación que de la auténtica doctrina de Cristo han realizado los perversos papistas y los errores que han difundido los reformadores.

—Por cierto, ¿cómo pensáis titular vuestra obra?

—*Christianismi restitutio* —respondió Servet en latín.

—«Restitución del cristianismo» —tradujo Guérout.

—Aquí está la que va a ser la primera página, con ese título. —Servet entregó a Guérout el manuscrito, pues se había dejado casi para el final el primero de los cuadernillos.

El impresor cogió el folio y lanzó un bufido.

—«Restitución del cristianismo. Llamada a toda la Iglesia apostólica para volver a sus orígenes, a devolver la integridad del conocimiento de Dios, de la fe de Cristo, de nuestra justificación, de la regeneración del bautismo, del banquete de la cena del Señor. Debemos restituir el reino del cielo, acabar con la impía cautividad de Babilonia y destruir al Anticristo y a sus esbirros» —leyó Guérout—. ¿Y estas frases en hebreo y en griego? —preguntó, pues no comprendía esas lenguas.

—«Y apareció Miguel en el cielo»; eso significa la frase en hebreo. «Y se desencadenó una batalla en el cielo»; así reza la escritura en griego —le aclaró Servet.

—Es un buen título. —Guérout calló que aquellas frases le parecían un tanto pretenciosas, pues entendió que ese Miguel que aparecía en el cielo para librar una batalla era el propio Servet, adulándose a sí mismo.

—Que expresa perfectamente lo que pretendo alcanzar: la necesidad del regreso de la Iglesia a los limpios ideales del cristianismo primitivo, que se basaban en el verdadero amor a Dios, en la fe sincera en Cristo, sin la cual no habiéramos podido acceder al conocimiento de Dios, y la obligada regeneración humana mediante el acto del bautismo. Y la restitución, al fin, del reino de los cielos tras la impía y pecaminosa nue-

va cautividad de Babilonia a que el Anticristo y sus secuaces han sometido a la Iglesia.

—¿Os referís al papa de Roma y a sus cardenales? Si es así, estamos de acuerdo.

Guérout dejó la hoja de papel con el título encima de la mesa y se frotó las manos con energía, como si estuviera apretando entre ellas a todas las altas dignidades de la Iglesia católica.

—Por supuesto —asentó Servet—. ¿Quién si no encarna ahora a ese ser maléfico y terrible que anuncian las Escrituras? Roma se ha convertido en la gran ramera y el papa es su principal mentor. Familias como los Borgia o los Médici han contribuido a corromper, más si cabe de lo que ya estaban, al papado y a la Iglesia. Hay que acabar de una vez con esta nueva Babilonia y destruir al Anticristo y a sus acólitos, que se agazapan en las estancias del Vaticano ensuciando en sus labios el nombre de Dios y urdiendo una conjura tras otra en los lujosos salones de sus ostentosos palacios.

—Quizá católicos y reformadores lleguen a un acuerdo y vuelvan a unificarse.

—No es posible. Algunos lo han intentado pero no han conseguido que se reanude el concilio que el pasado mes de abril suspendiera el papa Julio III en la ciudad de Trento, adonde también habían acudido representantes de príncipes partidarios de la Reforma.

—El emperador don Carlos se ha dirigido a varios de ellos y les ha pedido que convencan a los clérigos que siguen las doctrinas de Lutero para que acudan de nuevo a Trento y eviten el cisma en el seno de la Iglesia —dijo Guérout.

—Éstos se niegan a hacerlo y recriminan a los católicos que los definan como protestantes en vez de reformadores.

—Dicen que ha habido conversaciones secretas entre ambos bandos en Hagenau, Regensburg y Worms, incluso en presencia del propio emperador don Carlos.

—Pero no han obtenido resultado alguno, pues los reformadores siguen el ejemplo de Lutero, que jamás se retractó de sus tesis —comentó Servet—. Sus posturas son irreconciliables: para los reformadores la Iglesia católica es una impostora que ha usurpado la legitimidad del verdadero cristianismo, y para Roma los reformadores son protestantes equivocados que se han autoexcluido de la verdadera fe. No; no hay solución pacífica a este conflicto.

—En cualquier caso, con este libro os jugáis la vida, Miguel. Hasta ahora habéis tenido suerte y habéis logrado escabulliros de la Inquisición, pero en cuanto esta obra salga a la luz, los sicarios del papa se lanzarán sobre vos como aves de presa y os perseguirán sin descanso hasta que vuestros huesos se pudran en una prisión o vuestras carnes ardan en una pira de leña.

Guérault dio unos pasos y se dirigió hacia la ventana. Era un hombre alto y fornido, de miembros poderosos. Su cabello entrecano y rizado estaba marcado por unas profundas entradas. Su mirada limpia denotaba que era un hombre de fiar.

—Sé el peligro que corro, pero tengo que hacerlo; este libro debe publicarse. Es mi legado a la razón. He invertido diez años de mi vida en escribirlo y deseo

que se conozca mi trabajo y que esta obra contribuya a desenmascarar a tanto rufián como se esconde tras los hábitos religiosos.

—Al menos se editará sin firma de autor, supongo...

—Lo he pensado mucho, y lo firmaré con tres iniciales: MSV.

—Miguel Servet... ¿de Vienne?

—No. La uve hace referencia al lugar de mi nacimiento, Villanueva, en el reino de Aragón. MSV: *Michael Servetus Villanovanus*.

En Vienne utilizaba el nombre de Miguel de Villanueva, para evitar ser identificado por sus perseguidores, pues todavía estaba en vigor la orden de captura dictada por sendos tribunales en Toulouse y en París. Hacía ya varios años que había adoptado la nacionalidad francesa y tres que había obtenido la ciudadanía en Vienne, donde era considerado un hombre sabio, un médico notable y un ciudadano ejemplar. Su actividad profesional como físico le proporcionaba una renta suficiente para vivir con toda comodidad, poder mantener una buena casa, aunque ya no le hacía falta al haberse trasladado al palacio, y un criado.

Guérault se echó las manos a la cabeza y sopló con fuerza.

—¿Estáis seguro? Si imprimimos esas iniciales en el libro, media Francia intuirá que el autor sois vos, y la otra media no tardará en enterarse.

—¿Eso creéis?

—Por supuesto. La Inquisición indagará por todas partes, pondrá todos sus sabuesos a rastrear y lo descubrirá enseguida; esas iniciales serán una pista que

lucirá como una linterna en la noche más oscura. Los perros del papa vendrán a por vos, os apresarán y os veréis obligado bajo tormento a revelar dónde se imprimió. Y entonces nos torturarán hasta que confesemos ser servidores del mismísimo Satanás y arderemos todos en la hoguera, o colgaremos de una soga o perderemos nuestras cabezas bajo el hacha, según sea el grado de indulgencia de los inquisidores.

—Si así sucediera, yo nunca os delataré. En ese sentido podéis estar tranquilos.

—¿Sabéis cuáles son los medios que utiliza la Inquisición en sus interrogatorios para hacer hablar a los reos? —demandó Guérault.

—Sí, los he leído, y en más de una ocasión he estado a punto de sufrirlos.

—Pero nunca los habéis probado en vuestras propias carnes. Nadie puede resistir un interrogatorio de un tribunal de la Inquisición y seguir callado tras sufrir sus pavorosos tormentos. Sus verdugos son muy eficaces en la tortura y saben bien cómo extraer del acusado hasta la más íntima de sus confesiones. El potro, la rueda... son instrumentos cuyo castigo nadie puede soportar. ¿Por qué no dejáis vuestro libro sin firma alguna? Que aparezca como un texto completamente anónimo, sin la menor pista sobre la identidad de su autor. El efecto que pretendéis desencadenar será el mismo, y no os expondréis a ser descubierto tan fácilmente.

—Eso sería una cobardía.

—¡Y qué importa! Vuestra verdadera intención es denunciar la corrupción que ha podrido a la Iglesia

de Roma, y por la fe de Cristo que lo vais a conseguir con cuanto habéis escrito en este libro. Pero no es necesario que os arriesguéis a una terrible condena facilitando que descubran que vos sois el autor. Ni siquiera vuestro prestigio os salvará de una muerte cierta.

Servet era muy querido en Vienne. Con su trabajo de médico se había ganado el respeto de todos los ciudadanos y de sus colegas. Sólo un año después de quedar inscrito en el padrón como ciudadano fue elegido prior de la cofradía de San Lucas, que congregaba a los médicos de la ciudad. Él mismo había promovido que todos los miembros del gremio de médicos realizaran turnos para atender gratuitamente a pacientes y enfermos pobres que no pudieran pagar sus servicios, lo que lo había convertido en una especie de nuevo apóstol de la caridad en su ciudad.

—Se trata del más importante de cuantos trabajos he escrito hasta hoy; y debo firmarlo, aunque sólo sea con mis iniciales. Tal vez en otra época, en el futuro, entiendan lo que quiero decir y consientan que mis ideas puedan difundirse libremente. —Servet se mostró firme en su posición. Su mirada serena dejaba claro que no pensaba renunciar de ninguna manera a incluir sus iniciales en el libro.

Guérault, al contemplar los ojos del aragonés, supo que no podría convencerlo de lo contrario, aunque realizó un último intento.

—En estos tiempos la soberbia de los escritores y de los artistas no tiene medida. Hace siglos casi nadie firmaba sus obras.

—No siempre fue así. Platón, Aristóteles, Séneca o Cicerón sí lo hicieron.

—Bueno, me refería a los autores que se han jugado la vida.

—También esos. Recordad que Sócrates y Séneca fueron obligados a suicidarse y que Cicerón fue asesinado.

—Pues aprended de su ejemplo y escarmentad en cabeza ajena. Podéis evitar muchos problemas si os refugiáis en el anonimato, al menos por el momento. Si queréis que la posteridad os recuerde como autor de este libro, dejad legado en alguna parte que vos sois quien lo escribió, pero que quede en secreto hasta vuestra muerte o hasta que se puedan difundir vuestras ideas sin que corráis peligro de ser ejecutado.

—Está decidido: las siglas MSV figurarán en la última página del libro.

—En ese caso, es probable que estéis firmando vuestro suicidio.

—Debo hacerlo así.

—Terco aragonés... Como preferáis; y que el cielo nos ampare —se resignó Guérout.

Tal cual se imprimían los pliegos de *Restitución del cristianismo*, Miguel Servet destruía cada una de las hojas correspondientes al manuscrito original que él había comenzado a escribir a pluma diez años atrás. Una vez compuesta una plancha, se imprimía una sola copia en papel, que Servet cotejaba con el original manuscrito para, tras realizar las correcciones y

eliminar las erratas, imprimir ochocientos pliegos antes de eliminar definitivamente esa plancha. En la chimenea que calentaba el taller clandestino, Servet quemaba cada día las hojas manuscritas que ya se habían compuesto e impreso, y el maestro impresor Guérout se encargaba de destruir las planchas que se habían utilizado en la prensa editorial. Acabado este proceso, de *Restitución* no quedaba otra cosa que los pliegos impresos, que el propio Servet o Baltasar Arnoullet recogían con cuidado y trasladaban a un lugar secreto donde se guardaban en espera de acabar la edición de todos los cuadernillos, para proceder a la encuadernación de cada uno de los ochocientos ejemplares.

—Esta obra no está completa —soltó de pronto Servet.

—¡Cómo! —exclamó Guérout entre aspavientos de asombro.

—Quiero incluir unos comentarios a las treinta cartas que envié a Calvino hace siete años.

—¡Os habéis vuelto loco!

Guérout, que estaba componiendo una página, se levantó excitado. Solía ser un hombre tranquilo y sosegado, pero las últimas decisiones de Servet lo estaban sacando de quicio. Primero firmar el libro con las tres iniciales y ahora añadir más texto al contenido lo ponía nervioso.

—En la correspondencia que durante varios meses mantuve con ese reformador cuestioné y desmonté sus erradas tesis teológicas y algunas aseveraciones erróneas que desarrolla en sus libros —le comentó

Servet al impresor mientras ambos examinaban un pliego recién impreso.

—Esto altera el plan de edición. ¿Se lo habéis comunicado a Baltasar?

—No. Pero estoy seguro de que aceptará este cambio.

—Si incluimos nuevos textos aumentará el número de páginas y vuestra obra no podrá estar finalizada antes de las Navidades. Si queréis recuperar el dinero invertido, el libro debe distribuirse en las ferias de primavera.

—No importa. Los comentarios a aquellas cartas deben figurar en este libro.

—¿Acaso es imprescindible para vuestra obra?

—Es necesario para mi tranquilidad.

—¿Habéis pensado que si uno de los ejemplares de vuestro libro cayera en manos de Juan Calvino, él descubriría de inmediato que el autor sois vos?

—Calvino también está perseguido por la Iglesia romana, no en vano es uno de los puntales de la Reforma. No creo que me denunciara ante la Inquisición católica.

—¿Por qué esta repentina idea de introducir vuestras disputas con Calvino?

—Tengo una deuda pendiente con él.

—Por lo que he oído, ese hombre no admite que lo contradigan. ¿Lo sabíais?

—Tengo experiencia en ello. Hace años, en París, debatí arduamente con él sobre teología.

—En ese caso, supongo que esas cartas a las que aludís son muy críticas con la doctrina de Calvino.

—Yo diría que demuelen su pensamiento y desmontan todas sus ideas.

—No contento con poner en vuestra contra a toda la Iglesia católica, pretendéis enfrentaros también con la Iglesia reformada... Permitidme que os diga que sois un insensato.

—Debo resolver esa deuda —se limitó a decir Ser-vet.

—Como gustéis, pero este añadido retrasará el plazo de edición.

—Ya os he dicho que no me importa —asentó Ser-vet.

—Tendré que consultarlo con mi cuñado, porque ese anexo supone más trabajo y más papel, y se encarecerá la edición.

—Por supuesto, maese Guillermo, por supuesto.

Instantes después Baltasar Arnoullet entró en la sala y saludó a los dos hombres. Parecía malhumorado.

—¡Maldita sea! —exclamó Arnoullet a la vez que se quitaba su sombrero y su capote y los sacudía para librarlos de algunos copos de nieve que se habían posado sobre ellos.

Moreno, de pelo largo y oscuro que recogía en una coleta con un lazo negro, Baltasar era un hombre apuesto que gustaba de la buena vida y de ganar dinero.

—¿Qué te ocurre, cuñado? —le preguntó Guérout.

—Que se me acaba de escapar de las manos un gran negocio.

Arnoullet se dirigió hacia un perchero donde colgó su capa y se acercó a la chimenea para calentar sus manos en el fuego.

—¿Qué ha ocurrido?

—He estado a punto de contratar la edición de la nueva obra de François de Rabelais, nuestro mejor escritor. Acaba de finalizar un libro de aventuras llamado *Pantagruel* que será un éxito de ventas. Los libreros que acudan este año a la feria de Frankfurt comprarán un buen número de ejemplares. He hecho cuentas con el ábaco, y los beneficios serán extraordinarios: doscientos o tal vez doscientos cincuenta ducados en el primer año, y no menos de diez o doce ediciones en los próximos cinco años. Tenía el acuerdo casi cerrado, pero en el último momento me ha arrebatado el contrato un impresor de Lyon. ¡Maldita suerte! Ahora sólo me falta que estalle una huelga como la que paralizó durante semanas a las imprentas de París y Lyon hace ya trece años y me arruine.

—Es una pena, sí, pero de momento no nos falta trabajo —dijo Guérout.

—Espero que sigamos así. Tengo demasiados gastos... Y además hemos tenido que alquilar esta antigua tienda para imprimir vuestro libro en secreto, trasladar a este local la prensa, adecentarlo... Tengo ganas de acabar vuestro libro cuanto antes —le dijo a Servet.

—Pues me temo que habrá algún retraso ¿Comentáis vos mismo los cambios que queréis introducir en el libro, don Miguel? —le preguntó el maestro impresor.

—¿A qué te refieres, cuñado? —demandó Arnoullet con un rictus de preocupación.

—Poco antes de vuestra llegada le estaba comentando a maese Guillermo que he decidido incluir en mi libro dos comentarios a las treinta cartas que le escribí a Calvino hace unos años —se explicó Servet.

—¿Ya habéis escrito esos comentarios? —le preguntó Arnoullet, que se alejó del fuego para colocarse a la altura de su cuñado y de Servet.

—Éste es el manuscrito. —Servet le entregó varios folios al editor.

—¿Cuántas páginas más supondrá este añadido? —le preguntó Arnoullet a su cuñado, a la vez que le entregaba el texto.

El maestro editor lo hojeó, hizo un rápido cálculo mental y concluyó:

—Ochenta páginas, tal vez algunas más.

—Eso encarecerá la edición y la retrasará unos días, quizá un par de semanas —dijo Arnoullet, siempre preocupado por el dinero, como todo editor.

—No me importa, yo correré con cuantos gastos se ocasionen.

—Además, con ese añadido, cuando el libro llegue a manos de Calvino, como así ocurrirá, ni siquiera será necesario ocultar vuestro nombre tras las iniciales MSV. Todo el mundo intuirá que vos sois el autor; o al menos lo sabrá Calvino —intervino Guérout.

—¿Pretendéis incluir vuestras iniciales en el libro? —le preguntó Arnoullet.

—Así es, como colofón en la última página.

—Pero eso os delatará. Habíamos convenido que la obra sería anónima.

—Hace varios años que uso un nombre que no es

el mío, pero no me gusta el anonimato. Quiero que aparezcan esas iniciales en mi libro.

—Por mi parte podéis hacer lo que gustéis, pero mi imprenta deberá quedar al margen, es lo acordado —dijo Arnoullet.

—Estáis jugando con fuego, don Miguel. Reconsideradlo, os lo ruego —terció Guérout.

—Lo sé, pero mi conciencia me obliga a ello.

—Muerto no conseguiréis nada, pero si ése es vuestro deseo... —Arnoullet se encogió de hombros y regresó junto al calor de la chimenea.

—Y si no intento cambiar tanta injusticia, tampoco lograré mis propósitos.

—Al menos conservaréis la vida —terció Guérout.

—Todos moriremos... algún día.

Vienne del Delfinado, 3 de enero de 1553

El maestro impresor Guillermo Guérout tomó en sus manos el último pliego del libro de Servet, recién impreso. En el improvisado taller olía a tinta fresca y a cera. La vieja tienda de telas del burgo de Vienne, ubicada en una discreta calleja apenas transitada, había sido habilitada como imprenta clandestina. En el centro de la sala se había colocado la prensa de tipos móviles y en las estanterías donde en otro tiempo se apilaban los lienzos ahora lo hacían cajas de madera con todo tipo de letras, botes con tinta y resmas de papel listo para ser impreso.

Para evitar miradas curiosas, la ventana había sido

tapada con un panel de madera, lo que obligaba a usar luz artificial todo el día, y un amplio biombo evitaba que pudiera verse desde la puerta lo que ocurría en el interior.

El impresor observó el pliego a la luz de los cirios y dio su visto bueno.

—Si otorgáis vuestra conformidad, podemos tirar el resto de la edición —dijo Guillermo.

Miguel Servet y Baltasar Arnoullet examinaron el pliego; en la última página, la 576, no había ninguna referencia a la imprenta donde se había impreso el libro, pero sí figuraban las iniciales MSV tras la breve conclusión y el año de edición, MDLIII. Servet comprobó que todas las erratas habían sido corregidas sobre la prueba de imprenta. Estaba perfecto. Guérout era un profesional extraordinario, tal vez el mejor maestro impresor de todo el este de Francia, además de un notable poeta.

—Magnífico trabajo. Las iniciales miniadas con figuras humanas y con motivos vegetales son excelentes. Lamento que no pueda llevar pie de imprenta, señores —asentó Servet, que extrajo de su bolsa de cuero las cuartillas manuscritas de las últimas páginas de su libro y las arrojó al fuego de la chimenea.

—Sí, es una lástima que tan buen trabajo no pueda ser rubricado con el reconocimiento de nuestra firma como impresores.

—¿Podemos imprimir, señores? —demandó Guérout.

—Claro, maestro Guillermo, claro, adelante con el trabajo —asintió Servet.

—Pronto tendremos listas las ochocientas copias del último pliego, y ya se podrá proceder a encuadernar los ejemplares.

—Traeremos todos los pliegos aquí. Lo haremos en un par de carretas pasado mañana, la víspera de la Epifanía. Comenzaremos a encuadernar esta obra el próximo lunes —dijo Arnoullet.

—¿No levantaremos sospechas?

—Éste es un taller de telas, querido amigo. Transportaremos los pliegos de papel ya impresos envueltos en talegas de dos codos de longitud, de manera que parezca que contienen paños de lana.

—¿Está prevista la distribución?

—Por supuesto. Mis agentes en Lyon y en Frankfurt ya han logrado colocar cien ejemplares en cada una de estas dos ciudades, que se venderán en las próximas ferias de primavera. Se trata de un pedido comprometido en firme, que abonarán de inmediato. Con eso podréis cubrir los gastos de edición, pero no habrá, por el momento, beneficios.

—¿Quién los ha comprado?

—Los destinados a Frankfurt un librero de Lyon, anticatólico y anticalvinista, acérrimo seguidor de Lutero y partidario de denunciar al papa como verdadero Anticristo y a su banda de cardenales corruptos como los esbirros del demonio. Su nombre es Juan Frellon; cada año abre un puesto en la feria de Frankfurt, donde día a día ganan espacio obras editadas en francés, alemán o italiano, y en él vende obras que ningún otro colega puede ofrecer. Controla la distribución de libros en Suiza y en el sur de Alema-

nia, sobre todo si se trata de textos en los que se cuestiona a los papistas y a sus dogmas. Y en Lyon y en las regiones de Borgoña y Saboya lo hará otro librero, que sería capaz de vender a un cardenal un manual para cometer pecados escrito por el mismísimo Satanás si con ello consiguiera que se tambalearan los cimientos del Vaticano, y de paso embolsarse un buen puñado de monedas. Su nombre es Pedro Merrin, que además trabaja en esa ciudad como fundidor de tipos de imprenta, uno de los mejores en su oficio —respondió Arnoullet a la pregunta de Servet.

—Los conozco, sí. Ambos son muy buenos librerros, pero ¿es que sólo interesa mi obra a los enemigos del papa?

—Por el momento, esos dos librerros antipapistas son los únicos que han pagado el adelanto por la compra de ejemplares de vuestra obra, pero espero que, conforme vuestro libro se vaya conociendo, aparezcan más clientes y aumenten los pedidos. Y si la polémica se desencadena, y ojalá ocurra de esa manera, mucho mejor, pues con ello se dispararán las ventas y podremos afrontar una segunda edición. El único problema es que si se agotara este mismo año no podríamos tirar una segunda edición de inmediato, pues no hemos guardado las planchas de la primera.

—Ochocientos ejemplares serán suficientes para la demanda del mercado, por el momento —supuso Servet.

—Y bien, ¿qué queréis que hagamos con los ejemplares que no hemos distribuido?

—Enviádselos a maese Bertet; es un buen amigo.

Reside en la localidad de Châtillon. Él los custodiará hasta que puedan ponerse a la venta —dijo Servet.

—¿Es de fiar ese amigo vuestro? —preguntó Arnoullet.

—Sí. Tengo plena confianza en él.

—Tened en cuenta, don Miguel, que hemos de obrar con extrema cautela. Hasta ahora a los impresores no nos ponían demasiadas pegas, pues no había ningún criterio para condenar una obra, pero en este momento los inquisidores andan por ahí husmeando sobre cualquier libro que pueda ser considerado como herético. Y, aunque no conozco el contenido, supongo que éste será valorado como tal. Además, los inquisidores y los obispos ya disponen del *Índice*.

—¿El *Índice*...?, ¿qué es el *Índice*? —preguntó Servet un tanto sorprendido.

—¿Todavía no os habéis enterado? Claro, en estas últimas semanas habéis estado absorto en vuestro trabajo de corrección de *Christianismi restitutio* —Arnoullet había leído el título del libro en los últimos pliegos impresos— y no os habéis puesto al corriente de lo que ha ocurrido en Roma. El papa Julio III ha aprobado la publicación del *Índice*, un listado de los libros prohibidos por la Iglesia católica que acaba de ser aprobado; su impulsor es el cardenal Juan Pedro Caraffa, el gran inquisidor, el hombre más poderoso del Vaticano, al que todos señalan como el siguiente sumo pontífice. Todas las obras cuyos títulos se encuentren citados y reseñados en el *Índice* deberán ser confiscadas y destruidas de inmediato por los inquisidores, y sus autores perseguidos y encarcelados; esas

son las instrucciones que se han emitido desde la curia romana —explicó Arnoullet.

—¿Y qué libros contiene ese *Índice*?

—Unos cuantos, y me temo que la lista irá aumentando: por ejemplo, entre esos títulos se encuentra el *Enchiridion* de Erasmo.

—¡Erasmo de Rotterdam! Pero si su doctrina está dentro de la ortodoxia católica; incluso estuvo a punto de ser nombrado arzobispo de Zaragoza hace treinta años.

—Pues ha caído en desgracia, y ahora algunas de sus obras figuran en ese listado de libros prohibidos. De seguir vivo, Erasmo sería ahora mismo reo de la Inquisición.

—La cultura escrita siempre ha sido fuente de poder, señores, y mucho más desde que Gutenberg inventó la imprenta de tipos móviles e hizo posible editar cuantos ejemplares se deseen en un taller que disponga de la prensa y las planchas necesarias para poder hacerlo. ¿Sabéis que en este medio siglo se han editado unos veinte mil títulos distintos en Alemania, unos diez mil en París y más de cinco mil en Venecia? Tal vez se hayan impreso en Europa alrededor de doscientos millones de ejemplares desde que Gutenberg imprimió su Biblia en Maguncia; probablemente más que manuscritos se han copiado a lo largo de toda la historia de la humanidad —explicó Guillermo Guérout.

—Así es; gracias a la imprenta, quien quiera disponer en su casa de un libro puede hacerlo por un precio asequible. Una buena edición de la Biblia puede adquirirse en el mercado de Venecia o de París por

un par de escudos. Conozco a molineros que han comprado algunas ediciones para entender la creación del mundo por Dios; o al menos eso han declarado —dijo Servet.

—O para estar atentos a lo que acontecerá en el futuro —añadió Arnoullet.

—¿A qué os referís?

—Hace unos días llegó a mis manos un libro escrito por Michael de Nostradamus, un astrólogo de París que dice ser capaz de anunciar lo que ocurrirá en el futuro. Se rumorea que se han editado más de cinco mil ejemplares de la primera edición y que se han vendido todos en apenas unos meses; un buen negocio.

—La gente se muestra intranquila por el porvenir y por eso quiere saber qué le deparará el destino. Los libros de profecías siempre han gozado de gran éxito. Yo impartí clases de astrología en París, y os prometo que jamás disfruté de tan abundante número de alumnos como entonces. Se mostraban entusiasmados cuando les explicaba las teorías del sabio musulmán Alcabitius, que vivió hace quinientos años en las ciudades de Mosul y Alepo, y su método para la adivinación del futuro según la posición que ocupaban los astros en el momento del nacimiento de una persona, o cuando les desmenuzaba el significado del *Libro cumplido de los juicios de las estrellas*, del gran Alí ibn Rajal. Y se asombraban al descubrir que el mismísimo Cicerón, el más sabio de los romanos, escribió un tratado en el que abordó el tema de la adivinación a partir de diversos augurios y presagios, tal cual creían los romanos —repuso Servet.